

GEMA TACÓN
LOS CRÍMENES
DE LA

CAJÁ

WAWA



La última novela de Ana ha sido un total fracaso. Y la mala racha que está pasando le hace perder su trabajo de repartidora, con el que a duras penas subsistía. Su vida está ahora mismo en lo más hondo del pozo.

Pero una incógnita aparece en la puerta de su casa, una caja, un motivo para mantenerse ocupada mientras decide qué hacer con su existencia. Descubre que ha sido seleccionada como jugadora en la beta de un videojuego aún en desarrollo. Después de solventar sus dudas iniciales, se encuentra con una inquietante propuesta, casi, hecha a su medida. La invitación: diseñar el crimen perfecto, a través de las diferentes pistas que proporciona el juego, los participantes deberán lograr planificar la mejor idea para acabar con la vida de una persona.

Ana pensaba que jugaba con ventaja, ya que ese era su mundo, o al menos, el mundo de ficción que ella escribía, sin ser consciente de que este entretenimiento iba a alimentar la mente de un auténtico monstruo. Intriga, acción, un ritmo trepidante y la versátil narrativa de Gema Tacón logran la química necesaria para crear el veneno perfecto al que te harás completamente adicto.

*A ti hermano,
porque estoy segura
de que allí donde estás
también leerás estas líneas.*

1

La primera caja

A menudo me veía a mí misma haciendo una entrada triunfal en la sala de los premios literarios más importantes del país, borracha como una cuba. Dentro de mi cabeza resultó buena idea interrumpir a uno de los galardonados mientras daba su patético discurso y aplaudir estruendosamente en un salón en el que reinaba un silencio absoluto, provocando que todo el que se encontraba en el evento se girase a observar el espectáculo. Tras balbucear palabras sin sentido y vomitarle encima a uno de los directivos más influyentes, era arrastrada por dos gorilas hasta la entrada de la calle del recinto, como si estuviesen tirando la basura.

Esa escena cruzaba mi cabeza cada vez que mi cerebro no tenía nada mejor en lo que pensar. El resto de los mortales gozaban de la plenitud de mantener la mente en blanco, cosa que dicen que es imposible. Sin embargo, la mía disfrutaba torturándome con algo que, si bien podría haber formado parte de una dantesca pesadilla, fue verídico y el motivo por el cual mi escasa carrera literaria se truncó incluso antes de arrancar. Desde ese día no me conocieron como la escritora novel revelación que tanto había soñado, el año que siguió a esos hechos, las revistas y programas rosas se mofaban con mi gran actuación. Sobre

decir que mi mundo fue cayendo en picado en todos los sentidos; laboral, sentimental, social e incluso familiar. Me convertí en la sombra de lo que fui. Mi meta en la vida tan solo había sido una desde que comencé a leer a Michael Ende con *La Historia Interminable*, quería ser escritora y conseguir crear recuerdos tan vívidos como los que esa novela logró en mí. No obstante, mi poca paciencia unida a varias puertas cerradas y a conocer mejor el mundo de las letras con todos sus entresijos internos, hicieron que la ilusión que me empujó durante todos esos años se fuese mermando.

El ensordecedor sonido del pito del coche que esperaba detrás de mi destartalada furgoneta me devolvió a la realidad, haciendo que escondiese de nuevo esas elucubraciones masoquistas diarias para, seguramente, sacarlas a la luz en un rato. Arranqué acelerando sin soltar el embrague para escupir por el tubo de escape una nube de humo negro en el cristal delantero del simpático conductor de claxon rápido. Escapé de allí derrapando y mirando satisfecha por el retrovisor el resultado de mi fechoría. Al coger la curva a demasiada velocidad el karma me devolvió el golpe y todos los paquetes que llevaba hicieron un ruido que no vaticinó nada bueno. Tal y como presentí, cuando abrí la puerta trasera no quedaba títere con cabeza. Los paquetes estaban desperdigados y una gran lámina de hierro, que coloqué en un lateral sin asegurar, estrujó la mayoría de ellos transformándolos en acordeones de cartón. La furgoneta la compré con la esperanza de convertirla en una de esas que van equipadas con cama, ducha y cocina para ir en modo *hippie* a las miles de presentaciones de libros que tendría en un futuro. Siempre me prometí que no se me subiría la fama a la cabeza por muy reconocida que fuese mi obra, y una forma de demostrármelo a mí misma fue esa inversión a largo plazo de cuatro ruedas, la que ahora me servía como única fuente de ingresos.

Donde tenía pensado poner una mesa ahora había un congelador para trasladar los pedidos fríos que me mandasen. Era la tercera vez en ese mes que no entregaba los encargos en condiciones y el viejo responsable de la oficina de transportes fue bastante esclarecedor con lo que me sucedería si volvía a suceder. Regresé a la nave donde cargaba, coloqué el estropicio sobre un palé de madera que estaba reservado para mí y me marché de allí por la puerta pequeña sin que nadie me viese, como la cobarde que ya sabía que era. Realmente odiaba mi vida desde hacía casi dos años.

En cuanto entré en mi piso me topé con la regordeta figura de Pelusilla encima del sofá, se suponía que se trataba de mi gato, pero solía hacer lo que le daba la gana y más bien era al contrario; yo servía para darle de comer, limpiarle las cacas, recogerle las bolas de pelo y calentarle la cama hasta que decidía acostarse. Si soy sincera, se trataba de la relación más duradera que había mantenido con el sexo opuesto en toda mi vida.

La oscuridad de la casa me reconfortaba, mi ánimo no era como para tenerlo todo iluminado y dejar que el trinar de los pajaritos entrasen por mi ventana, así que las persianas permanecían bajadas desde ni recordaba cuándo. Antes mi madre venía a ayudarme con las tareas de la casa y nos gustaba comentar los libros que andábamos leyendo, pero desde que todo cambió dejé de querer recibir visitas y el mundo tan solo se acostumbró a que así fuese.

Me tumbé al lado del señor Pelusilla y, justo cuando coloqué la cabeza en el reposabrazos del incómodo sofá, el sonido estridente del telefonillo comenzó a sonar incesante. Al descolgar vi la puntiaguda nariz de Johanna en la pequeña pantalla en blanco y negro del cacharro.

—¡AC, te he visto entrar, abre! Han dejado un paquete para ti en la librería.

—Ponlo en el ascensor y dale al botón, ahora lo cojo — fue lo único que le respondí, esa era mi forma de decirle

que no subiese.

No comprendía cómo Johanna continuaba queriendo mantener una amistad conmigo. Era de las pocas que aún me decían AC. Mi nombre real era Ana Catalina Verde, pero a mi representante no le pareció demasiado óptimo para una escritora y cambiamos al de A.C. Green. Realmente significaba lo mismo, pero sin que nadie se pudiese reír de él. Mis padres deberían haberse planteado eso de tener descendencia; mi infancia no fue lo que se dice sencilla gracias a esa unión de nombres. La palabra Catalina en muchos sitios es una forma extraña de llamar a las cacas y lo de verde detrás no ayudaba demasiado. Eran pocas las personas que conocían lo que ponía en mi carnet de identidad, todo el mundo me llamaba ahora Ana, y los que me seguían hablando de mi faceta literaria me decían AC.

En el ascensor encontré una caja, envuelta en papel marrón reciclado, de medio metro de alto y otro medio de ancho, pesaba relativamente poco. Encima de ella Johanna había dejado un sobre con un libro que le pedí hacía tiempo y que estaba deseando leer. Lo aparté y desenvolví el extraño paquete, en su interior había una cajita negra cerrada con un precinto adhesivo rojo. Estaba segura de que no era cosa mía, mi economía casi no me permitía comer, por lo que los caprichos estaban fuera de mi alcance. Sí era cierto que me sentía enganchadísima a las páginas de muestras gratuitas, motivo por el cual mi teléfono y dirección estaban en todas las bases de datos de las empresas y mi móvil vivía en un absoluto silencio perenne a causa de las insistentes llamadas comerciales.

El interior de la caja se podría decir que era, cuanto menos, extraño. Un dossier en una carpeta de cartón, unas llaves en una bolsa transparente, con una dirección en un llavero de plástico que colgaba de ella, y una pieza de un puzle pintada por completo de negro eran su único contenido. En la primera hoja decía en letras mayúsculas y grandes: «¡ENHORABUENA!» Nunca había ganado nada y esa

palabra llamó poderosamente mi atención. Tras leer con más pausa el documento caí en la conclusión de que se trataba de un nuevo juego *online* basado en novelas de *thriller*. Lo último que quería pensar era en crear tramas o en poner un dedo sobre una tecla.

Bastante desanimada, dejé la caja debajo de la mesa y comencé a leer el libro, que era lo que me pedía mi mente en esos instantes. Además, el juego requería del ordenador para poder entrar en no sé qué página secreta y conocer al resto de mi equipo. Mi portátil estaba sin batería desde hacía casi un año, un día tan solo dejé de utilizarlo y me pasé a husmear las redes sociales con el teléfono como hacía todo el mundo. Ya no necesitaba ningún procesador de textos ni tampoco un teclado, por lo que esa herramienta dejó de significar algo en mi vida; y volver a ponerlo a cargar para descubrir que tendría que pagar si quería jugar me iba a enfadar bastante. Así que me olvidé de ella y me puse a leer hasta que me dormí.

El timbrar del teléfono fijo anunciaba que mi madre se encontraba al otro lado del auricular esperando contestación. Ella se encargó de que tuviese uno, ya que nunca cogía el móvil y temía que, si algún día no se ponía en contacto conmigo, podría ser que no lo hiciese más. Al principio estuve acudiendo a un loquero para mitigar las ansias de terminar con mi vida, pero después de algunos meses dejé de ir a verlo. Me parecía una pérdida de tiempo y de dinero, no pensaba tomarme las pastillas que me recetaba y la doctora no poseía una varita mágica que hiciese retrasar el tiempo para que mi mundo volviese a ser el que era. Descolgué después de encontrar el aparato debajo de un montón de ropa sucia en el salón. Lo de no recibir visitas y que me importase todo más bien poco estaba haciendo estragos en mi decoración. Si viniesen de alguno de los programas americanos de limpieza se echarían las manos a la cabeza.

—¿Se puede saber qué has hecho ahora?!

Si algo había detestado toda mi vida era que me despertasen gritando y mi madre lo sabía.

–Buenos días a ti también, ¿podrías ser un poco más esclarecedora? –ironicé sentándome en el suelo.

–Ana Catalina Verde, son las ocho de la tarde. Tomás ha llamado a tu padre y le ha dicho que no te molestes en volver al trabajo, dice que has destrozado una carga y que no has sido capaz de dar la cara. ¿Estás bebiendo de nuevo? ¿Quieres que vaya a verte? ¿Te quieres venir aquí con nosotros? Los aires del pueblo te sentarán bien, puede que así te inspires para escribir... –Esa era demasiada información para mi neurona en esos momentos y no tenía ganas de discutir con ella.

–Tomás es un loco viejo psicópata exagerado, tan solo se han estrujado algunos paquetes. Me fui por no pegarle y no a todo lo demás.

–Pero, Ana –intentó proseguir sin mucho éxito.

–Estoy bien, mamá, pídele disculpas a papá por lo del curro, ya encontraré algo por mi cuenta, no te preocupes. Te dejo que tengo cosas que hacer, te quiero –respondí sin dejarla decir nada más. La loquera me había dicho que era importante contarles a las personas lo que sentía por ellas y en estos instantes a la única a la que quería era a ella; pero de lejos, cada una en su casa.

Tal y como pensé no eran las ocho aún, mi madre llevaba el reloj adelantado quince minutos desde que tenía uso de razón. Ella odiaba llegar tarde a los sitios y yo detestaba esperar por los demás, así que había implantado esa norma también en mi vida. Me daba tiempo de bajar y robar un café a Johanna. Acababa de recordar que no tenía en casa y, desde que el alcohol no formaba parte de mis días, la cafeína lo había sustituido como una droga que necesitaba en mi organismo sí o sí.

Me detuve un instante frente a la cristalera de la pequeña librería. En el centro de todos los libros, sobre un atril demasiado grande para su tamaño, descansaba mi úl-

tima novela. Estaba segura de que Johanna había convenido a todos sus clientes para que lo comprasen, esta era la única tienda que lo tenía y me temía que también poseía la exclusividad de haber vendido alguno. La verdad era que ella pidió una caja con cien ejemplares y me los pagó en menos de una semana. Jamás olvidaría su sonriente cara mientras me daba el dinero de lo que, según ella, «sería el primero de muchos sobres llenos de billetes». Los sueños pueden resultar bastante efímeros y este nunca dejó de serlo, solo que no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde para mi salud mental.

—¡AC, qué bien que viniste! Acabo de hacer café —me informó en cuanto me vio entrar, dejando unos libros que estaba colocando encima del desordenado mostrador, para ir corriendo a la trastienda por dos humeantes vasos de café.

Cogí el mío y me salí a la puerta a fumarme un cigarro mientras disfrutaba del amargo sabor a granos de café recién molidos. Vivíamos en una ciudad enorme, sin embargo, disfrutábamos de la tranquilidad que tienen los barrios que estaban casi a las afueras. Por allí no se veía gente a esas horas, todo el mundo estaba llegando a sus hogares desde sus respectivos trabajos y ya andaban en casa preparando las cenas. Desde el bajo en el que se encontraba la tiendita de Johanna se veía el bloque de enfrente. Me pareció que lo de las cortinas tupidas debía ser algo que a los jóvenes no les preocupaba demasiado y estaba realmente desfasado.

Cada tarde noche, antes de cerrar, mi amiga sacaba dos sillas y nos sentábamos en la acera a mirar esas ventanas iluminadas. A Johanna le gustaba oír mis historias inventadas de la vida de cada uno de esos apartamentos: en el bajo tan solo vivía la vieja de los gatos, mientras el piso que había al lado de ella se destinaba a guardar muebles viejos y tiestos. El dueño del edificio nos cobraba una mensualidad mínima por poder hacer uso de él si lo nece-

sitábamos, pero la que lo utilizaba más a menudo era Johanna para meter los adornos de las festividades que ponía en la librería. La señora mayor siempre tenía los cristales abiertos por si alguno de sus mininos se iba de parranda este pudiese regresar a su cama, creo que mi Pelusilla es un escapista de esa mujer. Un día simplemente apareció en mi puerta durmiendo en el felpudo de la entrada, pasó conmigo y ya nunca se marchó.

A esas horas la vieja ya tenía las luces apagadas y tan solo se vislumbraban los destellos de la televisión encendida. El primer piso, justo sobre ella, pertenecía a un matrimonio con tres enanos revoltosos que hacían incluso más ruido que las gatas en celo de su vecina, motivo por el cual creo que eran los que más habían durado viviendo allí. Enfrente de ellos un músico solitario se afanaba en sacar una melodía interminable. Cada día la cambiaba y a ese paso tendría el mismo éxito que tuve yo con mis letras. Me inspiraba un poco de lástima y me veía bastante reflejada en él, no obstante, la conversación más larga que compartimos fue un día que hacía frío y ambos lo dijimos a la vez.

En el segundo, encima del matrimonio con los niños poseídos, era donde yo moraba y esas persianas siempre estaban abajo. Frente a mi puerta una joven abogada y su novio, también letrado, se turnaban para llevar a casa a sus respectivos amantes, por lo que la escalera estaba muy concurrida según a qué hora de la noche. Sobre mi cabeza, en el tercero derecha, residía un hombre mayor que daba un poco de miedo y olía a puros; nunca hacía ruido y no recibía visitas, por lo que la mayoría del tiempo parecía que el piso estuviese vacío. Frente a él tenía su apartamento Johanna y, encima de ellos dos, había un gran ático con un precioso patio lleno de flores en los pretilos. La suerte de ser el dueño de esas cuatro paredes la tenía del hijo del propietario del edificio, un tipo solitario

que pagaba a una asistenta para que le tuviera la casa im-poluta.

El chico era pintor y también escueto en palabras, así que las pocas veces que nos habíamos cruzado en el ascensor no pasamos de un «buenos días» o «buenas tardes». Nosotras nos entreteníamos observándolos al más puro estilo *voyeur*, con la diferencia de que, aficionada desde mi infancia a «13, Rue del Percebe», me encarnaba en el mítico Francisco Ibáñez y relataba las vidas de nuestros vecinos. Ese momento del día era el único en el que me permitía desconectar y sonreír.

—¿Abriste el paquete? —me preguntó Johanna una vez que hube concluido mi perorata acerca de nuestros vecinos.

—Era una de esas muestras de juegos *online* para que gastes dinero si quieres conseguir pruebas. Ya te lo bajaré para que lo uses tú, no es que tenga demasiadas ganas de ver cajas por casa —respondí apurando el cigarrillo y dando el último sorbo al café.

—¿Mal día en el trabajo?

—Un imbécil me hizo que estropease la carga, y he preferido dejarlo a tener que matar al viejo que lleva el almacén.

—Realmente ese hombre es un incordio.

—En mi cerebro psicópata ha muerto de distintas y dolorosas maneras —me burlé—. ¿Crees que el universo nos ha unido a todos los que vivimos aquí por ser el mayor grupo de perdedores de la historia? —pregunté observando cómo el matrimonio luchaba para que los trillizos se acostasen, a la vez que se escuchaba la lastimera melodía del piano del chico al compás de los maullidos y los golpes del cabecero de la cama de los abogados contra la pared. Antes de que le diese tiempo a contestar, el coche de mi querido ex se detuvo delante de nosotras, bajó la ventanilla y nos miró.

—¿Quién quiere dar una vuelta?

–¿No te cansas?

–¿Y tú no tenías otro país al que irte? –le escupió Alonso a Johanna. Él sabía de sobra que a ella no le gustaba que le dijese que no era de aquí. Sus padres emigraron cuando era pequeña y lo único que no había hecho en nuestro país era nacer, aunque sí es verdad que los ojos azules, la piel pálida, el rubio níveo de su lacio pelo y sus largas y delgadas extremidades la delataban un poco.

–¿Qué quieres? –intervine sabiendo que aquello acabaría mal.

–Venía a comprobar cómo andabas, tu madre me dijo que te vigilase –confesó sin ningún tipo de reparo.

–Ya has visto que estoy bien, puedes ir al cuartel general a dar las novedades. No me he tirado por la ventana ni nada por el estilo.

Detestaba que mi madre siguiese teniendo contacto con Quijano, como lo conocían todos. Él era uno de los representantes literarios más notables del mundillo, todo el que comenzaba la carrera de las letras pasaba por sus manos, el problema es que también solían pasar por su cama. Era encantador y poseía una verborrea con la que podría vender fuego en el mismísimo infierno. A mis progenitores los tenía totalmente embelesados tras ese disfraz de persona responsable, pero ya hacía mucho que dicho antifaz cayó frente a mí, más aún cuando necesitas a tu pareja como el aire que respiras y este está ocupado en otros, llamémosles, «menesteres culinarios».

–Ana, tendríamos que hablar –me pidió ignorando la presencia de Johanna.

Me levanté, apagué el cigarrillo en el capó de su flamante coche, le di las buenas noches a mi amiga y me subí para el apartamento haciéndole exactamente lo mismo que él le estaba haciendo a ella. Detestaba cuando se creía el ombligo del mundo. Al lado de la palabra «egocentrista» en el diccionario deberían de poner una foto de Alonso Quijano.

Los siguientes días no me apeteció relacionarme con nadie, tan solo bajé a comprar algunos víveres para poder sobrevivir; tabaco, café, patatas, huevos y palomitas. Me quedé encerrada en casa haciendo maratón de series bajo la atenta mirada de Pelusilla. La cara del felino era la de alguien que pensaba que le estaban ocupando su casa sin su consentimiento, juro que ese gato a veces me daba miedo. Johanna me había escrito para que bajase con ella un rato, pero no estaba de humor, así que tan solo dejé que el tiempo pasase.

Una mañana Pelusilla se puso a jugar con un papel que estaba en el suelo frente a la puerta de entrada. Lo raro no fue que hubiera algo por medio, era que él jugase. Se lo quité, no sin el bufido correspondiente por ello, y lo miré. Era un sobre cerrado de papel reciclado marrón, alguien debió de haberlo metido por debajo de la puerta, sin remitente, como la caja, tan solo se veía mi dirección en él. Al abrirlo cayó al suelo una llavecita y una nota escrita a ordenador. Reconocía la fuente, era la más común entre los escritores, Times New Roman, estaba el texto justificado, tendría un interlineado de uno y medio y no usaba sangrías al comenzar. Desde que empecé en el mundo de las letras me fijaba en esas tonterías. Por desgracia, ya no era capaz de disfrutar de la lectura como lo hacía antes, ahora las repeticiones de palabras, las erratas, los errores ortotipográficos y los fallos en la trama resaltaban sobre la historia que estuviese leyendo. Supongo que era de formación profesional ver los fallos de los demás, pero no los tuyos propios. En la nota decía:

Has perdido la prueba anterior, el resto de tus compañeros te están sacando ventaja. Esta es la última oportunidad que tienes para participar totalmente GRATIS. Accede a tu cuenta con los datos facilitados en la caja principal.

Aquello ya me estaba asustando un poco, pero a la vez mi curiosidad fue en aumento. No comprendía el interés que

tendría nadie en que participase en ese estúpido juego, pero si lo que quería era llamar mi atención lo había conseguido. Encendí mi ordenador, saqué la caja y coloqué todo encima de la mesa para volver a leerlo con más determinimiento. Tampoco es que tuviese nada más importante que hacer.

El simple gesto de levantar la pantalla del portátil me costó un esfuerzo sobrehumano, ni que decir tiene, que sentir el suave tacto de las teclas bajo mis dedos consiguió que una lágrima rodase por mi mejilla para aterrizar en el recuadro destinado al ratón táctil. En la pantalla de inicio había una foto de Alonso y mía haciendo el capullo con el primer manuscrito que le entregué. Tenía que hacer una limpieza a fondo del disco duro, pero las tecnologías nunca fueron lo mío, así que se lo pediría a Johanna que era la entendida en cacharros.

Suspiré intentando olvidar los malos recuerdos y me centré en investigar un poco más el contenido de la caja. No era de las que seguían las instrucciones, pero si quería que mi mundo cambiase, y realmente lo deseaba, tenía que empezar a modificar mis hábitos, comenzando por una estupidez tan grande como la de leer un jodido manual.